

PEDRO PRADO

Ave Fénix literaria renace desde la prosa poética

por Patrick Gilbert

Proyectándose desde su inquieto mundo interior, el prosista y vate Pedro Prado –Premio Nacional de Literatura, 1949– remite al lector a una perspectiva profundamente nostálgica. Identificado con el romanticismo dominante de comienzos del siglo XX. Autor que envuelve con la creación reminiscente de una atmósfera sensible a lo esencial del Arte: La capacidad de emocionar.

EL MAR, así con mayúsculas por su gravitación en la textualidad, constituye el escenario preferido por este hombre de la República de las letras (Generación de 1920). Por tal motivo, resaltan en una de sus mayores obras –la novela *Alsino*– el perpetuo movimiento de las aguas, sus turbulencias, el olor salino, aves marinas, playas blancas, luminosas esferas de arena, donde el poeta utiliza el mágico elemento constituido por la presencia de ese hombre alado que remonta el vuelo hacia el infinito.

Prosista de cadencias –sin estridencias– integradas por su connotación poética, con imágenes logradas frente a la naturaleza, posee la capacidad de abordar la relación simbiótica entre sujeto y objeto en su novelar.

Hombre de pocas palabras, enamorado de la naturaleza, sin alcanzar el nivel estricto en materia de corrección de sus textos (como lo constituye el caso de José González Vera, ejemplificado en su novela corta *Alhué*), Prado logra remitir a sus lectores a la contemplación y reflexión frente al paisaje.

Su textualidad se encuentra impregnada de un fuerte romanticismo. Este no constituye una parte visceral de su escritura, más bien, se trata de la proyección del vasto y poblado interior del escritor, con sus profundas tribulaciones frente al tiempo; los personajes torturados por ese gusano que nace con nosotros y que tarde o temprano es letal a los mortales; la proyección de lo mágico reminiscente en *Alsino*; las extensiones del piélago pobladas de imágenes altamente poéticas; la negación del ditirambo y el adjetivo empleados profusamente; la resurrección en *Alsino* de la emblemática figura helena del hombre-pájaro Ícaro, quien cae al mar después del derretimiento de sus alas unidas con cera a su frágil cuerpo; la vocación del vate y novelista por determinar la trayectoria del Juez rural, quien da vida y animación a la obra de homónimo nombre.

Amigo de sus amigos; integrante del grupo Diez; sucesor de la colonia tolstoyana –entre otros: el poeta

Magallanes Moure, el compositor Alfonso Leng, autor de obras de significativo contenido; el crítico literario Armando Donoso; el pintor Juan Francisco González, y su colega el arquitecto Julio Bertrand, Pedro Prado, resume en su extensa bibliografía su inclinación para remitir su creación a un espacio poético y prosístico. Al remitir al lector hacia esa atmósfera de silente poesía, Prado logra el efecto buscado: iniciar y abrir una brecha hacia la conciencia lúcida del lector, en el plano de la comunicación global. Es decir, ubicar al sujeto lector en el plano de la novela corta –caso de *Alsino*– y llevarlo a reflexionar frente al medio ambiente.

Situado el sujeto lector frente a estas connotaciones, Prado desarrolla esta propuesta literaria en *Los pájaros errantes*, uno de sus textos significativos en el plano de la prosa poética. Pero su oficio, cuyo destino es remitirnos a imágenes cambiantes, evanescentes y plurales por su textualidad poética, también se refuncionaliza en *La casa abandonada* y *El llamado del mundo*, donde en este último, lo simbólico figurativo ocupa un lugar esencial. Para el poeta los elementos representativos de su escritura, aparecen, además, en *La reina de Rapa Nui*. Aún cuando el entorno estaba preparado antropológicamente para integrarse desde ese prisma a la isla del Pacífico, en el texto logró desarrollar su propuesta creativa.

El proyecto literario prosístico de Prado se complementa mejor a través de la lectura de *Alsino* y *Un juez rural*, respectivamente. Estos textos pueden ser considerados sus obras mayores, publicados antes que Pedro Prado recibiese el Premio Nacional de Literatura. Su escritura refleja el propósito del prosista por proyectarse hacia una profunda originalidad creativa. Es decir, la libertad de crear.

La propuesta literaria original de Prado, incide en incluir en su prosa espacios líricos. Tal lirismo se constituye en una perspectiva que domina en el horizonte artístico del autor, y tales propuestas son reflejadas en la extensa producción de este arquitecto, prosista y vate.



PRUEBA DE TESTIGOS

Para descansar de sus quehaceres arquitectónicos y de sus afanes de magistrado de menor cuantía, en los días festivos, Solaguren, acompañado de algún amigo, gustaba salir a vagar. Ningún compañero mejor que Mozarena. Además, el nuevo juez tenía sus veleidades pictóricas y cierto talento natural para manchar, no sin gracia, pequeñas telas.

Aquel domingo era un día amarillento de nubes aborregadas, que dejaban filtrar una pesada y quieta resolana de oro. Toda la copa del cielo parecía la de un árbol, y el lento desaparecer de las nubes traía el recuerdo del silencio con que las hojas se desprenden y ruedan al olvido.

Ningún compañero mejor que Mozarena; tenían gustos semejantes, caracteres parecidos, similitud de apreciaciones sobre la vida y sobre el arte. Solaguren caminaba mudo, sintiendo el placer que trae tan ansiada compañía. Encontrábase más optimista, más fuerte y seguro. La marcha era su delicia, y el silencio que los envolvía cargábase de mutua comprensión, palpitando en torno de ellos como una cosa viva.

Iban por el terraplén del ferrocarril a Valparaíso. Atravesaron el puente sobre el Mapocho y siguieron con vagas sonrisas cuajadas en los rostros ardientes, contemplando caseríos y campos en labranza. Cerca de Renca divisó Solaguren, hacia el oriente, un caserón que llamaban "Mirador Viejo". En aquella tarde lánguida y dorada, a través de hojarascas prematuramente amarillas y moribundas, esa antigua mansión tenía un atractivo poderoso. Al abrir su caja, disponiéndose a pintarla, vio con desagrado que Mozarena, a tres pasos de distancia, sentado en el mismo talud, se disponía a hacer otro tanto.

Los pintores creen adquirir cierta propiedad sobre el tema que eligen. Por primera vez comprendió Solaguren que tenía inconvenientes el llevar como compañero a una persona de gustos tan semejantes a los suyos.

Pronto la belleza que se le ofrecía, y el ardor y ensimismamiento que traen consigo la ejecución pictórica, le sumieron en profundo olvido, y no supo de cosa alguna que no fuese la alegría de la voluntad creadora.

Dos horas después, al dar su trabajo por concluido y volver penosamente a la realidad compleja, sintió con gran extrañeza que sus miembros, antes insensibles y lejanos, volvían hacia él adoloridos; y supo que su amigo olvidado encarnábase en esa sombra erguida sobre el talud.

Curioso, se puso de pie con ánimo de ver el resultado obtenido por Mozarena.

—¿Qué has hecho? —exclamó atónito al observar el trabajo de su compañero. Aquello resultaba inconcebible: era el "Mirador Viejo" y no era el "Mirador Viejo".

Trajo su tela, y cuando Mozarena terminó la suya, ambos, comparándolas, rieron de un modo extraño. Esa risa turbia de la que nos asimos en los casos confusos.

Las dos telas eran del mismo tamaño; el "Mirador Viejo" estaba a unos cien metros de ellos; Mozarena había encuadrado en su tela sólo el edificio; Solaguren, pintó en la suya, además de aquella antigua fábrica, toda una gran porción del paisaje circundante; la casona veíase, apenas, al fondo, pequeña y perdida en la amplia gama dorada.

¿La distinta colocación de un mismo asunto, ya en el primero, ya en los últimos planos de dos cuadros de idéntico tamaño, pintados por dos personas de conocimientos y tendencias artísticas semejantes, había bastado para que el resultado de ambas reproducciones fuese tan distinto?

De regreso, entrada la noche, ya de sobremesa, Solaguren de pronto sonrió a sus oscuros pensamientos. Isabel, intranquila ante su actitud de sonámbulo, lo vio escribir con avidez en su libreta de apuntes.

—¿Qué anotas? ¿En qué te has llevado pensando?

—Nada, mujer; nada.

Y el juez, nerviosos, como si hubiese sido sorprendido en la más profunda intimidad, rápido, escribía con su menuda letra indescifrable:

"Todas las cosas se entrelazan con sus mutuos reflejos, y cada una de ellas se prolonga en el ambiente que la circunda como para alcanzar su verdadero y pleno significado. Pero ¿cuáles son los límites de ese ambiente? Cada observador lo fija a su antojo. Ver resulta ser, así, arbitrariedad de limitación?"

(de *Un juez rural*, Ed. Nascimento, 1982)

Pedro Prado (Santiago, 1886). Obras: *Flores de cardo*, poesía (1908); *La casa abandonada*, prosa poética (1912); *El llamado del mundo*, prosa y poesía (1913); *La Reina de Rapa Nui*, prosa (1914); *Los pájaros errantes*, prosa poética (1915); *Los Diez*, ensayo (1915); *Ensayos sobre arquitectura y poesía* (1916); *Alsino*, prosa, novela corta (1920); *Las copas*, poesía (1921); *Karen y Rashan*, prosa poética (1922); *Un juez rural*, prosa, novela corta (19...); *Androvar*, prosa (1925); *El camino de las horas*, poesía (1934); *Otoño en las dunas*, poesía (1940); *Esta bella ciudad envenenada*, prosa, (1945); *No más que prosa* (1946); *Antología* (1949); *Viejos escritos poéticos* (1949).